

CARLOS
VILA SEXTO

Alicia Y LOS MATAOS

EL TORNEO DE LOS SIETE PICOS



edebé

ILUSTRACIONES DE
IRENE GALLEGO



EL TORNEO DE LOS SIETE PICOS

Alicia Y LOS MATAOS

EL TORNEO DE LOS SIETE PICOS

CARLOS VILA SEXTO

ILUSTRACIONES DE IRENE GALLEGO

edebé

© Texto: Carlos Vila Sexto, 2026

Publicada de acuerdo con Silvia Meucci Agency.

© Ilustraciones: Irene Gallego (Planetaireee), 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de colección y cubiertas: Sophie Güet

1.ª edición, mayo 2026

ISBN: 978-84-683-7764-3

Depósito legal: B. 2236-2026

Impreso en España / *Printed in Spain*



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra; 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

*Para Félix,
por nuestras charlas de baloncesto y los piques en canastas infantiles.*

*Y para Laura y Fanny,
porque nos aguantan. Que no es poco.*

JamesOn Curry era la bomba en su instituto.

Primero, porque tenía una mayúscula en mitad de su nombre y quedaba un poco raro, pero es que sus padres lo habían hecho a propósito.

Segundo, porque era buenísimo jugando al baloncesto. Un año promedió más de cuarenta puntos por partido, y una vez estuvo a punto de hacer un cuádruple doble con 47 puntos, 9 rebotes, 9 asistencias y 9 robos. Se hinchó tanto a meter canastas que consiguió el récord histórico de puntos en su colegio. Iba para estrella de la NBA.

Debutó el 24 de enero de 2010 con Los Angeles Clippers. Jugó 3,9 segundos. Y no volvió a jugar más.

Sí, JamesOn Curry, el crack de secundaria, tiene la carrera más corta de la historia de la NBA.



CAPÍTULO 1

Me llamo Alicia Blanco, y soy la JamesOn Curry del baloncesto infantil en Villaviciosa de Odón.

El curso pasado fue genial.

Mis padres se habían separado (bueno, eso no había sido tan genial) y mi hermana Isa y yo tuvimos que empezar a vivir la mitad del mes con mi madre en un piso guay de Boadilla del Monte y la otra mitad en Villa, en la casa destartalada de mi abuelo, con él y con mi padre, que estaba pasando una mala racha porque él había sido entrenador profesional y en un partido le hizo tragarse el silbato a un árbitro.

Había sido sin querer, pero ya no le dejaron entrenar más. Y a partir de entonces se fue volviendo más triste y más gruñón. Y mi madre se hartó.

Pero yo tenía un plan para volver a juntarlos: crearía un equipo de baloncesto en mi colegio nuevo y mi padre nos entrenaría. Ganaríamos la liga, él recuperaría su trabajo, volvería a ser feliz y mi madre se volvería a enamorar de él.



Mi colegio era enorme y tenía equipos hasta de pentanca, pero allí nadie jugaba al baloncesto porque estaba medio prohibido.

Cosas del Blandiblú, el director.

Pero a mí eso no me detuvo.

Formé un equipo genial con Saúl, Marcos, Liana, Rubén, Zoe y Domantas, que casi no sabían ni lo que era un balón. Y aunque no sirvió para que mis padres volvieran a estar juntos, fue una pasada.

Mi padre nos acabó entrenando y los siete del equipo nos hicimos amigos... más o menos.

Descubrimos el secreto que se callaban mi padre y el Blandiblú, y que tenía que ver con el motivo por el que el baloncesto estaba prohibido en mi colegio.

Ah, y perdimos todos los partidos. Muchos de paliza.

La gente se pasó todo el año riéndose de nosotros y, en vez de los Búfalos de Villa —que era como yo quería llamar a mi equipo— o el Emilia Pardo Bazán —que era una señora que nunca había jugado al baloncesto pero que daba nombre a mi colegio—, nos empezaron a llamar «Los Mataos».



Así que, en el último partido, nos pusimos camisetas con ese nombre para enfrentarnos al Santa Elena, que ya se habían proclamado campeones.

El partido fue épico, en plena calle y con millones de personas a nuestro alrededor, sin exagerar.

Y gracias a ese partido contra el Santa Elena y a lo que pasó al final, nos hicimos famosísimos en Villa.

Y fuimos los héroes del pueblo durante, yo qué sé...
... 3,9 segundos.

Los mismos que James On Curry había jugado en la NBA, para que después todo el mundo se olvidara de que existía.

¿Y ahora?

El curso había terminado y la liga también. Como estábamos de subidón, yo pensaba que íbamos a quedar todos los días, que seguiríamos entrenando, que nos iríamos de acampada y que quedaríamos para ir a la piscina o al cine de verano de Villa. Pero todos se largaron a hacer planes de verano con sus familias.



Rubén se había ido a Gandía con sus abuelos, a ponerse ciego de paella y a pescar en el puerto todos los días.

Marcos estaba en un campamento de teatro en Ávila porque sus padres querían que saliera en anuncios de la tele.

Saúl estaba en otro campamento, pero en Galicia y de estos de multiaventura que están hechos para cansar a la gente, donde tiras con arco desde una tirolina mientras saltas a una canoa.

Zoe se había ido a navegar a Cantabria con sus padres, que habían alquilado un velero y se habían propuesto recorrer todo el Cantábrico de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda.

Domantas se había vuelto a Lituania para ver a su familia y poder hablar en lituano todo el tiempo.

La única que se había quedado en Villa era Liana, porque sus padres no podían cerrar nunca la tienda de ultramarinos y ella tenía que ayudar.

A veces hablábamos por WhatsApp. Teníamos un chat todos juntos, pero cada vez lo usábamos menos.



Marcos mandaba memes de vez en cuando. Rubén, fotos de arroces y de peces. Saúl solo contestaba con *stickers* y Zoe pasaba de contestar. Domantas, el pobre, reaccionaba siempre con los emoticonos equivocados porque no se enteraba de lo que escribíamos.

Los Búfalos de Villa habían salido en estampida.

Pero era normal, ¿no? Yo también lo había hecho.

Me había ido diez días con mi madre y mi hermana a Lisboa, que es una ciudad que está genial, pero que a Isa no le gustó nada porque decía que estaba toda rota y sucia, como la casa del abuelo.

Se pasó todo el tiempo quejándose de que allí no había nada que hacer, a pesar de que montamos en tranvías llenos de gente, subimos cuestras que acababan en otras cuestras, comimos pasteles que se llamaban de nata pero que no tenían nata y nos bañamos en la playa con un agua tan fría que, si dejabas un cubito de hielo flotando por la mañana, lo podías recoger por la noche.

Mi madre estaba todo el tiempo superfeliz, menos cuando nos llamaba mi padre y ella ponía la misma cara que cuando te saltan anuncios de YouTube en lo mejor de un vídeo.





A veces ella también se ponía al teléfono y hablaba un rato con él. Unas veces lo hacía susurrando y otras a gritos, así que, si sacábamos la media, el volumen era normal. Y lo importante era que hablaban.

Se seguían queriendo, yo estaba segura. Solo tenían que darse cuenta.

Cuando la semana con mi madre terminó, ella volvió a Boadilla porque empezaba a producir un concurso de famosos cocinando sin gluten o algo así. No sé, no siempre me explica bien los programas de televisión que hace.

El caso es que estábamos a finales de julio e Isa y yo habíamos terminado ya nuestras vacaciones, porque mi padre no tenía dinero para llevarnos a ningún lado. Trabajaba como repartidor de Amazon, pero no debía de ganar tanto como mi madre en la tele.

—En Villa hay de todo —nos decía—: tenéis la piscina municipal, campamentos municipales, cursos municipales, talleres municipales...

No terminó la lista porque Isa ya había subido a la habitación que compartíamos y se había echado a

llorar. Decía que si escuchaba una vez más la palabra «municipal» saltaba por la ventana.

Mi abuelo le gritaba que no se le ocurriera hacer eso porque nuestra habitación solo estaba a tres metros de altura y que lo único que iba a conseguir era estropearle los calabacines y las cebollas que había plantado justo debajo un par de meses antes.

—¡Daniela está de viaje por Europa! ¡Y Valentina se ha ido a Cancún con sus padres! ¡A Cancún! ¡¿Y yo qué tengo ya este verano?!

—¡Tienes cebollas si no haces el tonto por la ventana!

—¡Abuelo, esto no va contigo!

Aquella noche mi padre se sentó a la mesa del comedor con un papel, un boli y una calculadora y se puso a mirar en el móvil la página de su cuenta en el banco. Yo estaba intentando ver en la tele *Hoosiers*, que es una peli supervieja de básquet y que yo ya me había visto diez veces porque es una pasada. Es la historia de un equipo de *paquetes* que cambia con la llegada de un nuevo entrenador que se pone chulo con todo el mundo. Vamos, como «Los Mataos». El caso es que, mientras la veía, yo no paraba

de oír desde la mesa ruidos como «pffffff» y «mffffff», como si mi padre fuera un globo pinchado.

A la mañana siguiente, sin embargo, estaba todo contento. Había ido a la churrería La Parada a por chocolate con churros para todos y canturreaba, que era algo que solo hacía cuando el Estudiantes ganaba algún partido.

—¿Me acompañas luego? —me preguntó mi padre.

—¿Adónde?

—A un sitio.

Cuando él decía «a un sitio», casi siempre era algo genial: una cancha de baloncesto, una tienda de deportes, un río..., pero a veces eran sitios no tan geniales, como la consulta de un médico o una tienda de alfombras.

Me la jugué y dije sí. Y perdí.

Le pregunté a mi padre qué hacíamos en un banco.

—Empezar nuestras vacaciones.

—¿Qué vacaciones? No nos vamos a ningún sitio, no tenemos dinero.



—Bueno..., pero ellos sí. Y nosotros somos clientes de este banco desde hace mucho, así que nos van a dar un préstamo para que nos podamos ir a algún sitio chulo. ¿Qué te parece Cádiz?

Mi padre me dijo que allí había una playa que se llamaba El Palmar donde la gente iba solo a sacarse fotos con las puestas de sol.

Yo pensé que desde el puente que cruza la 506 que va a Móstoles y Alcorcón también se veían unas puestas de sol muy chulas y que salían gratis, pero tampoco le iba a decir que no a pasar unos días en la playa. Además, mi padre estaba muy ilusionado con lo de pedir dinero.

Pero la alegría solo le duró hasta que nos hicieron pasar al despacho del director de la sucursal.

Una plaquita de su mesa decía que se llamaba Íñigo Garmendia, y era más o menos de la edad de mi padre. Me costó trabajo reconocerlo porque las dos únicas veces que lo había visto antes, él iba en chándal y no sonreía.

—Vaya, vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí?

¿Sabes estas pelis donde el malo está sentado en una silla y de pronto se gira, y resulta que era uno

que había sido el malo de una peli anterior y que ahora tiene más ganas que nunca de cargarse al prota?

Pues así me sentí cuando vi al entrenador del Santa Elena con los ojos muy brillantes y una sonrisa tan ancha que parecían dos pegadas.

